

DÍAS DE ENERO I de Moliner vallés

Cuando entre los olvidos de mi sangre brote luz de recuerdo, telarañas del ayer, que mis ojos viejos pasen de soslayo. Así como ajenos, únicamente con brillante y sosegado arte. Que sepan valorar lo importante, los deslices impuros y las carcajadas desbordadas. Los daños y las tormentas que sean un paso, un túnel o un pozo de cariz tenebroso, pero sólo por tiempo limitado. Que nos enseñen, nos eduquen, nos muestren la dificultad que irradian cielo y tierra. Que lidiar con lo complejo se haga del gremio de los comunes.

Cuando las estrellas caigan, y el cielo ya no nos salve con nuestra mirada. Cuando el sinsentido sea como una bestia inmundada, como un oleaje que torpedea nuestro cuerpo. Cuando el Sol esté miedoso y la Luna triste. Que sea allí donde enlacemos las manos, donde guardemos los tallos para que más tarde crezcan pétalos y asuntos policromados. Enredaderas por doquier rodeando nuestras casas, con puertas y ventanas abiertas. Que entre el aire y nos indique por donde salir. Que el fuego aguarde entre las brasas, que resista entre sombras. Que caigan las piedras que forjaron los muros y reviente el asfalto agrietado. Que las gotas de nuestras vacías cuencas broten anegándolo todo.

Cuando de mí ya no se acuerden, que mi casa sea memoria. Que mi regocijo sea mi querer interno. Que mis yo detengan las sogas, las cuchillas, las cornisas, las armas, los precipicios, los golpes, el veneno, la saña, la herida. Que de mí se acuerden los jardines que pisé, las montañas andadas, la fuente saciada, las noches ocultas, las danzas, lo estival, la nieve en nuestras caras, los cientos de besos, las caricias añoradas, la melancolía de los que se fueron, la nostalgia de la infancia, el origen del primer gemido, los bocados dulces y salados, los árboles marcados, los sudores más salados, las miradas flotantes, los viajes, las vueltas, lo nuevo, lo añejo.

Cuando quiera volver, que unas cenizas hagan guardia en el rellano. Que los armarios desprendan su olor perpetuo. Que mis manos vuelvan a colorear otras manos. Que mis labios se humedezcan. Que mis piernas corran sin temor. Que los sueños me velen. Que de nuevo el querer brote entre las flores y las copas de los árboles, por las esquinas, en las farolas, los astros infinitos, las pupilas, los lagrimales; que colme lo venidero.

Si en lo perdido hemos huido sin mástil ni vela, sin aire. Si la costa es lejana y obtusa. Que toda ida tenga su vuelta. Que todo lo que un día cayó, se levante con fuerza.